

1

—*Lo siento.*

—*Lo sentimos muchísimo.*

—*Era una gran mujer. La echaremos de menos.*

—*Ahora hay otro ángel en el cielo.*

—*Dios siempre se lleva primero a las buenas personas.*

Novalie asentía como un autómata a todas aquellas muestras de condolencia. Apenas las oía, solo eran un eco apagado en el fondo de su cerebro. Se sentía demasiado confusa y no podía apartar los ojos de la urna que contenía las cenizas de su madre. Hacía meses que había asumido que su madre no iba a recuperarse y que su final era inminente. Los últimos días había resistido gracias a un leve resquicio de voluntad, incapaz de irse antes de dejarlo todo arreglado.

—*Tendrás que hacer un esfuerzo más. Tu padre te va a necesitar, él no está preparado para aceptarlo. Cuida de él y no olvides que te quiere*
—*le había dicho ella en un susurro.*

—*No sé cómo hacerlo, mamá.*

—*Sigue siempre a tu corazón, cariño, siempre —musitó sin fuerzas y, tras un «te quiero» y una suave caricia, se apagó para siempre.*

—*No, no, no... por favor. No me dejes, mamá, no...*

Novalie despertó de golpe. Tardó un segundo en recordar dónde se encontraba y un poco más en controlar el ritmo de su respiración. Miró a su alrededor. La mayoría de los pasajeros del avión dormía, incluido su padre, que aún sujetaba en la mano el frasco con los somníferos que se había recetado a sí mismo. Se lo quitó de entre los dedos con cuidado de no despertarlo y contó los comprimidos.

«Dos, solo faltan dos. Eso entra dentro de la dosis normal», pensó.

Respiró aliviada y lo contempló con los ojos entornados. Él había vuelto a fumar, no hacía otra cosa. Apenas comía y pasaba la mayor

parte del tiempo mirando por la ventana del despacho que tenía en casa, sumido en un duelo del que no parecía querer recuperarse.

Había abandonado su trabajo como cirujano e investigador en el hospital MD Anderson de Houston. No habían hablado de ello, pero Novalie sabía que esa decisión se debía a que se sentía culpable por la muerte de su esposa. Ni todos sus conocimientos, ni experiencia o medios habían conseguido salvarla.

Desde entonces, lo único que hacía era huir de la realidad y de los recuerdos. Al principio, aislándose dentro de su propio mundo; ahora, también del de fuera. Por ese motivo había vendido la casa y en ese instante viajaban en un avión rumbo a Portland, Maine. Desde allí se trasladarían en ferry hasta Bluehaven, una pequeña isla frente a la costa, que sería su nuevo hogar.

Inclinó la cabeza y miró por la ventanilla. Las vistas eran asombrosas. Las ciudades iluminadas en la noche se sucedían salpicando el paisaje como si se tratara de un enorme árbol de Navidad.

Se vio reflejada en el cristal. Su aspecto había empeorado en las últimas semanas: la ropa le quedaba grande, su pelo rubio ya no era brillante y sedoso, sino una maraña encrespada que necesitaba un buen corte, y su cara demacrada reflejaba unos rasgos huesudos y afilados. Apartó la vista y trató de no pensar en nada.

Su padre abrió los ojos. Novalie lo miró de soslayo.

—¡Buenos días, dormilón! —susurró a modo de broma. Aún faltaban un par de horas para que amaneciera.

Él se limitó a asentir con la cabeza y no dijo nada. Se movió en el asiento y resopló: primeros síntomas de la falta de nicotina.

Hicieron el resto del viaje en silencio, un silencio opresivo y doloroso que se había instalado entre ellos como una pared de ladrillo. Hacía semanas que había dejado de intentarlo. Era imposible llegar al lugar en el que su padre se encontraba, algún punto a medio camino entre el enfado y la autocompasión.

Llegaron al puerto de Portland cuando las primeras luces del alba despuntaban en el horizonte, tiñendo el mar de tonos naranjas y violetas. Al descender del taxi, el olor a salitre y gasolina hizo que Novalie arrugara la nariz. El calor de principios de verano comenzaba a ser insoportable, incluso a esas horas de la mañana.

Se estiró con disimulo y, mientras su padre pagaba al taxista, cerró

los ojos y dejó que el sol le calentara la piel fría por el aire acondicionado. Las gaviotas revoloteaban sobre su cabeza a la caza y captura de los restos de comida que los turistas y viajeros dejaban caer. Sus graznidos se mezclaban con el sonido de las voces y el ruido de los motores de las embarcaciones en marcha. En cierto modo, era reconfortante escuchar algo diferente al tictac de un reloj o a unos pasos sordos sobre la moqueta, la banda sonora de las últimas semanas.

La verja del transbordador se abrió y la gente se apresuró a embarcar a través de la pasarela. Novalie y su padre hicieron otro tanto, uniéndose a la cola. Una vez en la cubierta del barco, buscaron un lugar tranquilo donde soportar los cincuenta minutos de balanceos inseguros sobre las olas de un mar algo picado.

A medida que se acercaban a la isla, la costa se fue perfilando con unas calas agrestes y rocosas entre largas playas de arena suave. El faro, pintado de blanco y rojo, se levantaba sobre un espigón natural. Parecía una enorme bandera que daba la bienvenida a los visitantes.

Novalie, aferrada a la baranda, contempló cómo el pueblo de Bluehaven tomaba forma al pie de unas colinas arboladas. Sus casas se distribuían alrededor del puerto como un racimo; con la niebla de fondo, parecía una de esas postales de ensueño que todo el mundo busca en las tiendas de recuerdos.

La última vez que Novalie había visitado Bluehaven, estaba a punto de cumplir los quince años, y de eso hacía ya cuatro. Los mismos años que su madre había pasado enferma. Intentó recordar cómo era la vida en la pequeña comunidad: los desayunos en el Baker Bar&Grill con Lucy, Maggie y Lana, sus amigas durante los largos veranos que pasaba en casa de su tía Alyson; y las tardes de pesca con su tío Tom a bordo del *Titán*, un pequeño bote destartado lleno de parches. Su tío decía que el nombre se debía a su espíritu y que apenas le hacía justicia. Aquel bote le había salvado el pellejo en más de una ocasión, haciendo frente a las olas y devolviéndolo sano y salvo a casa.

En cierto modo, Bluehaven era su segundo hogar. Sus padres habían nacido y crecido allí. Juntos habían abandonado la isla para formar una familia, una vida en común, y juntos regresaban cada año a pasar las vacaciones. La poca familia que le quedaba vivía en aquella isla. Aun así, Novalie no estaba muy segura de si se alegraba de volver. También recordaba lo que era vivir en un lugar donde todos conocen

a todos, donde los secretos son de dominio público, donde nadie olvida ningún detalle.

En cuanto el ferry atracó, los pasajeros empezaron a cruzar la rampa hasta el muelle. De repente, una voz se alzó sobre las demás.

—¡Cuidado! ¡Por Dios, quieren tener cuidado con eso! ¿Se hacen una idea de lo valioso que es? ¡Es frustrante tanta ineptitud!

Novalie sintió curiosidad por aquella voz masculina con marcado acento francés que sonaba tan disgustada. Se agarró a la barandilla y se inclinó de puntillas para ver de dónde provenía. En el muelle, junto al casco de la embarcación, unos tipos tiraban con fuerza de unas cuerdas suspendidas de una grúa hidráulica, tratando de izar un enorme cajón de madera que acababan de sacar de la bodega.

De golpe, la descomunal caja se elevó varios metros. Se alzó frente a la cara de Novalie con un peligroso balanceo, tan cerca que pudo oler el aroma del pino con el que estaba fabricada. Unos centímetros más cerca y la *B* de la palabra *Bösendorfer*, que iba grabada en un lateral, se habría estampado en su frente como un sello.

Con lo que no contó fue con el retroceso. El cajón osciló, uno de los operarios no estaba preparado para la sacudida y la cuerda que sujetaba resbaló de entre sus manos. La caja se precipitó sobre Novalie como un columpio. Se quedó paralizada y sin tiempo a reaccionar. ¿De verdad iba a morir en ese momento, aplastada?

Alguien la apartó de un empujón y se precipitó de bruces contra el suelo. Cayó de costado, golpeándose con fuerza el codo. Vio las estrellas.

—¿Estás bien? —preguntó una voz.

Novalie asintió mientras se apartaba el pelo de la cara y trataba de ponerse de pie. Solo logró incorporarse hasta quedar de rodillas. Notaba la cadera magullada.

—¿Eso es un sí o un no? —volvió a preguntar aquella voz profunda.

—Sí... sí estoy bien, gracias —respondió Novalie.

Alzó la vista y se encontró con un chico alto, con gafas de sol, que le tendía la mano.

—Gracias por apartarme. —Se puso de pie por sus propios medios y el chico retiró la mano. El cajón había desaparecido y el tipo con acento francés volvía a gritar al borde de un infarto.

—De nada. Suerte que estaba justo detrás de ti.

—Sí, has sido de lo más oportuno. Gracias —repitió mientras forzaba una sonrisa sin apenas mirarlo a la cara.

No es que no estuviera agradecida, pues lo estaba, pero se sentía ligeramente abochornada por la situación. Notaba los ojos de los otros pasajeros sobre ella, y llamar la atención se había convertido en una especie de fobia que no lograba controlar. En los últimos meses había sido la destinataria de infinidad de miradas, todas apenadas y compasivas. No soportaba esa actitud piadosa. La ponía enferma.

Se percató de que no llevaba el bolso.

—¡Joder! —resopló al verlo tirado a sus pies, con todas sus cosas desparramadas sobre la cubierta.

Se agachó y comenzó a recogerlas. Su rostro se contrajo con una mueca de dolor. Se examinó el brazo y encontró un par de arañazos.

—Eso tiene pinta de doler —comentó el chico, devolviéndole un bloc de notas y el teléfono móvil.

—Estoy bien, no es nada —respondió Novalie mientras lanzaba miradas furibundas al muelle. Estaba tan enfadada que no pudo reprimir el impulso y se asomó a la barandilla—. Podrían tener más cuidado, ¿no? —gritó—. ¡Idiotas! —añadió por lo bajo al ver el gesto de desprecio del tipo estirado.

—Sí, la verdad es que hay que ser un poco idiota para montar este lío. Ha sido un tanto peligroso —dijo el chico.

—¿Peligroso? Casi me aplasta.

Novalie lo miró de reojo y se fijó un poco más en él. Parecía mayor, le calculó unos veintipocos. Era alto, con el pelo castaño claro y corto —al que el sol arrancaba reflejos cobrizos—, y una sonrisa muy bonita. Ella no pudo evitar devolvérsela, y aceptó el pañuelo que le ofrecía para su brazo. Él se agachó de nuevo y cogió del suelo una pulsera de plata de la que colgaba una medalla ovalada.

—*Para Novalie con todo mi amor. Mamá* —leyó en voz alta.

Novalie se la arrebató de la mano con brusquedad y se la guardó en el bolsillo de sus pantalones cortos.

—Es mío, gracias. Se me debe de haber caído.

—¿Te llamas Novalie?

La miró de arriba abajo. Era mona, aunque la dulzura de su cara chocaba un poco con su aspecto algo descuidado: tejanos negros muy

cortos, camiseta gris sin mangas con la portada del último disco de Slipknot y unas botas de cordones. Todo a juego con un maquillaje oscuro que enmarcaba unos ojos verdes y brillantes.

Novalie dijo que sí con la cabeza y se encogió de hombros.

—Nunca lo había oído. Me gusta, es muy bonito —replicó él.

—Gracias.

—Nickolas, ¿podemos irnos, por favor? *Mes nerfs sont brisés!* —gritó de nuevo el tipo estirado—. *Je suis entouré d'incompétents. Oh, mon Dieu, pourquoi me punis-tu comme ça?*

—Enseguida voy, *professeur* Armand —respondió él tras un suspiro de resignación. Le dedicó una nueva sonrisa a Novalie y se encaminó con paso rápido a la pasarela mientras añadía—: Espero que no me demandes por lo de la caja. Estoy en libertad condicional.

Novalie tardó un segundo en procesar lo que había dicho. ¿El cajón que casi la había aplastado era suyo? Se quedó pasmada, con los ojos clavados en la espalda del muchacho mientras este abandonaba el ferry. Se estremeció con una risa de incredulidad y trató de tomárselo con humor. Suerte que solo lo había llamado idiota; su repertorio de palabras malsonantes era mucho más extenso e imaginativo.

«¿Qué habrá querido decir con libertad condicional?», pensó.

No tenía aspecto de chico de reformatorio, ni de preso de cárcel; aunque no es que ella supiera cuál era el aspecto de uno de esos tipos. Pero el *idiota* parecía cualquier cosa menos alguien con tendencia a meterse en problemas: camisa blanca impecable, pantalón de vestir, cinturón a juego con los zapatos, afeitado perfecto... Parecía salido de un anuncio de Tom Ford.

—Ya tengo las maletas, podemos desembarcar.

Novalie se giró hacia su padre. Él cargaba con todo el equipaje y se apresuró a ayudarlo. Estuvo tentada de contarle lo que acababa de ocurrir. Tenía su gracia. Una no estaba a punto de morir aplastada todos los días, ni era salvada por la misma persona que había tratado de asesinarla. Pero al ver cómo él se encaminaba a la pasarela sin apenas mirarla, sintió que las palabras se le quedaban atascadas. Se le encogió el estómago y, por un instante, los labios le temblaron.

Lo siguió con la maleta de ruedas traqueteando tras ella. Sus ojos volaron hasta el enorme camión donde unos operarios se afanaban en

asegurar con cintas el cajón de madera bajo la atenta mirada de su *salvador*. El chico trataba de hacer entrar a su acompañante en un ostentoso coche negro, pero todos sus intentos eran en vano. Lo que hubiera dentro de la caja era tan importante para ese hombre que su vida parecía depender de ello. Empezó a sentir curiosidad por el misterioso contenido.

—¡Novalie!

Novalie se giró al instante. Allí estaba su tía Alyson, con su larga melena castaña recogida con un palillo de madera, avanzando hacia ella entre el torrente de pasajeros. No había cambiado nada en el último año, ni siquiera en su forma de vestir: camisa a cuadros y tejanos reciclados para el verano a golpe de tijera.

—¡Tía Aly! —exclamó. Soltó la maleta y corrió hasta precipitarse entre sus brazos.

—¡Mi pequeña! ¡Me alegro tanto de que estés aquí!

—Yo también —dijo con la voz rota. La abrazó con más fuerza, aspirando el olor familiar de su perfume. La había echado tanto de menos...

—¿Ha ido bien el viaje? ¿Estás cansada?

—Solo un poco.

Aly la cogió de las manos y se echó hacia atrás para contemplarla.

—Mírate, estás preciosa. —Volvió a abrazarla, y le susurró al oído—: A partir de ahora todo va a ir bien. Te lo prometo.

—¿Y qué, no hay abrazo para mí? —Tom la observaba con ojos brillantes.

Novalie miró a su tío por encima del hombro de Aly y sonrió de oreja a oreja. Adoraba a aquel hombre, tan grande como un oso pardo, pero con el rostro de un ángel y la sonrisa más cálida que un día de agosto.

—Eso depende. ¿Prepararás tus chuletas especiales esta noche? —respondió ella.

Él asintió y abrió los brazos.

—Ven aquí, chantajista.

Novalie se dejó acunar por aquel cuerpo fuerte y protector. Sí, en el fondo se alegraba de volver. Aquella era su familia y la necesitaba. Necesitaba volver a sentirse parte de algo. Sentir que alguien se preocupaba por ella.

—Espero que te gusten los cambios que hemos hecho en tu habitación —dijo Tom.

—¿Qué cambios? —preguntó Novalie con el ceño fruncido.

—Para empezar, hemos decidido trasladarte al cobertizo...

—¡Venga ya, me estás tomando el pelo! —lo interrumpió.

—¡Hablo muy en serio! Tu cuarto es ahora mi laboratorio de cría de lombrices. He conseguido los mejores cebos del país; gordas y suculentas. Los peces saltan al bote con solo olerlas.

—¡Déjalo, Tom, ya no es una niña, no cuela! —repuso Aly con los ojos en blanco.

Tom se encogió de hombros.

—Vale, es cierto. En realidad tus cosas están en la casa del árbol. Un poco pequeña, pero si intentas no estirarte... —La miró de arriba abajo con más atención y frunció el ceño—. Por cierto, has crecido mucho, ¿lo sabías? Te has convertido en una jovencita preciosa...

—En tres meses cumpliré diecinueve años. ¡No me llames jovencita!

Tom ignoró su protesta y se rascó la mandíbula, pensando.

—Creo que limpiaré la vieja escopeta de mi padre. Seguro que a partir de ahora habrá un montón de chicos que...

—¡Tom! —lo reprendió Aly.

—¿Qué? Es cierto. Verás que aparecen como moscas. Con sus cebritos llenos de ideas indecentes... Sé cómo piensan.

—No lo dudo. Aún recuerdo nuestra primera cita —bromeó Aly.

—¿Qué has querido decir con eso? —se defendió él con una expresión ofendida. Miró a Novalie—. ¿A ti te ha sonado tan mal como a mí?

Novalie sacudió la cabeza y se echó a reír. La sonrisa se borró de su cara en cuanto se percató de que su padre no estaba con ellos. Ni siquiera se había detenido a saludar. Se había dirigido hasta el monovolumen de sus tíos y estaba colocando el equipaje en la parte de atrás.

—¿Qué tal está? —quiso saber Tom, lanzando una mirada preocupada a su cuñado.

—Mal, y cada día que pasa está peor. Apenas me habla —respondió Novalie.

—Graham amaba mucho a tu madre, pero lo superará. Sé que será fuerte y saldrá adelante —dijo Aly sin apartar la vista de su hermano

durante unos segundos. Después, miró a su sobrina—. Y tú, ¿qué tal estás?

Novalie se encogió de hombros y, por un momento, tuvo que pensar la respuesta. Hacía mucho que se había olvidado de sí misma. Había pasado tantos años pendiente de su madre que apenas tenía conciencia de su propia existencia.

—La echo mucho de menos, pero sé que ahora está en un lugar mejor. Cualquiera cosa es mejor que todo lo que tuvo que soportar estos últimos años —respondió, forzando una sonrisa que no pudo ocultar la angustia que contenían sus palabras.

Tom y Aly se miraron sin disimular su preocupación por ella.

—Eh, ¿es cosa mía o estamos empezando a ponernos un poco tristes? Tengo una idea, ¿y si preparo mis chuletas especiales para desayunar? —dijo Tom, cambiando el rumbo de la conversación. Rodeó con su brazo los hombros de Novalie y la acompañó hacia el coche—. Y tú serás mi ayudante. Va siendo hora de transmitir el secreto de mi fabulosa salsa a mi futura heredera.

2

—¿Friegas los platos o intentas ahogarlos? —preguntó Tom mientras preparaba una cafetera después de cenar.

Novalie dio un respingo, sobresaltada, y sus ojos volaron desde la ventana a la pila en la que el agua amenazaba con desbordarse. La espuma del jabón oscilaba en la superficie como la bola de helado de un cucurucho.

—¡Oh, vaya, lo siento! —se disculpó mientras cerraba el grifo a toda prisa. Metió la mano entre los platos y tanteó el fondo en busca del tapón.

Tom la observó con detenimiento un largo segundo y sacudió la cabeza. Había pasado más de un año desde la última vez que la había visto. Durante ese tiempo, su trato se había limitado a conversaciones telefónicas, mensajes y a las postales en Navidad y en su cumpleaños. Ahora le costaba mirarla. La niña que él conocía había desaparecido y en su lugar se hallaba un ser triste y preocupado al que la vida le había robado su adolescencia.

—Vamos, deja que yo friegue y tú vas secando —sugirió Tom.

Abrió un cajón, cogió un paño y se lo entregó a Novalie.

Ella le dedicó una sonrisa y se hizo a un lado. En silencio comenzaron a limpiar la vajilla, pero, casi sin darse cuenta, volvió a quedarse embelesada contemplando, a través de la ventana, cómo su padre y su tía paseaban por el jardín. Un plato pasó ante su cara. Parpadeó y desvió la mirada. Sus ojos se encontraron con los de Tom y se sonrieron.

—Lo siento —volvió a disculparse. Continuó secando—. ¿De qué crees que están hablando? —preguntó en voz baja. La curiosidad la reconcomía.

Tom levantó los ojos del agua y miró a través del cristal. Su mujer y Graham se habían detenido junto al columpio. Se encogió de hombros.

—Supongo que se estarán poniendo al día. Hace mucho que no se ven.

—Pues a mí me parece que discuten.

—¡Qué va! Ya sabes cómo es tu tía, siempre sobreactúa.

Novalie sonrió tímidamente ante la broma, pero su sonrisa se desvaneció de inmediato. Se dio la vuelta y se apoyó en la encimera.

—A mí apenas me habla. Ni siquiera me mira.

Tom suspiró.

—Te pareces muchísimo a ella. Cuando te miro es como... —Sacudió la cabeza para deshacerse de la nostalgia—. Es como volver a verla cuando tenía tu edad, corriendo por la playa, gastándonos bromas... Aunque ella sonreía. Y tú deberías sonreír más.

Ella le empujó con la cadera y le salpicó la cara con el agua de la pila. Ella le devolvió el empujón.

De repente, Novalie se puso seria.

—Yo también la echo de menos. No soporto la idea de que se haya ido, pero no me comporto como... como él.

—Eso es porque tú tienes la conciencia tranquila. Estás en paz contigo misma y con ella. Pero tu padre no. Él se siente culpable por no haber podido hacer nada.

Novalie tragó saliva.

—Pero es que él no podía hacer nada. Todos lo sabemos.

Tom suspiró.

—Y acabará por darse cuenta. Y, cuando eso ocurra, volverá con nosotros. Te lo prometo. —Se inclinó y la besó en la sien.

Novalie asintió, aferrándose a esa promesa como a su propia vida. No podía permitir que su padre se alejara de ella. No podía perderlo a él también. Se limpió una lágrima solitaria de la mejilla y volvió a girarse hacia la ventana. Tomó otro plato y comenzó a secarlo.

—¿Por qué dejasteis de visitarnos?

Tom se quedó quieto. Su tranquilidad se desvaneció de golpe y su cuerpo se puso tenso. Lentamente volvió a frotar los restos de lasaña de una fuente, pero su mirada estaba desenfocada, como si estuviera pensando varias cosas al mismo tiempo.

—Bueno, sé que no es excusa. El trabajo se complicó, ya sabes. No siempre podemos hacer lo que deseamos.

—¿Ni una sola vez en más de un año? —preguntó Novalie con desconfianza.

—Cariño...

El teléfono empezó a sonar.

—Vaya, ¿quién podrá ser a estas horas de la noche? Espero que nadie se haya quedado tirado en la carretera y tenga que salir. Estoy molido. ¿Terminas tú? —propuso Tom, mientras se dirigía al teléfono.

—Claro.

Al cabo de un rato, Novalie salió al porche con un vaso de té helado. Se sentó en el balancín, algo descolorido por el sol. Inhaló el aire húmedo de la noche y el olor a salitre se pegó a su nariz. El murmullo de las olas al romper contra la orilla y el canto de los grillos eran los únicos sonidos en la oscuridad absoluta que rodeaba la casa. Aquella tranquilidad era acogedora a la vez que triste y melancólica.

Miró al cielo y sonrió. Millones de estrellas titilaban en el firmamento de un negro profundo. Desde su casa en Houston apenas se veían las estrellas. Cerró los ojos y recordó el último verano que había pasado en aquella casa. Hacía poco que a su madre le habían diagnosticado la enfermedad: leucemia, un caso demasiado agresivo como para tener esperanzas de que pudiera superarla. Aun así, había logrado resistir cuatro años.

Su madre y ella se habían sentado en aquel mismo balancín cada una de las noches de esas cortas vacaciones, escuchando en silencio la música del océano. Ahora Novalie atesoraba cada recuerdo en lo más profundo de su corazón.

Ya habían pasado casi cinco meses desde su muerte y la pérdida le dolía como el primer día, puede que más. Seguir adelante, sin ella, había sido duro, pero se lo había prometido; y por ese mismo motivo se resistía a dejar de sentir.

«Nunca pierdas la esperanza. Sé siempre tú misma y no temas ir a contracorriente. Defiende tus ideas y aquello que quieres, aunque sea algo opuesto a lo que los demás esperan. No tengas miedo a vivir», le había repetido en muchas ocasiones.

La mosquitera abatible de la puerta se abrió.

—¡Aquí estás! —exclamó Aly. Se sentó junto a su sobrina y suspiró con una sonrisa en los labios—. Me alegra que hayas vuelto, te he echado muchísimo de menos. —La miró de soslayo y le dio un apretón

cariñoso en la pierna. Frunció el ceño y le prestó más atención a su ropa—. ¿Desde cuándo vistes así?

—¿Así, cómo? —preguntó Novalie, echándole un vistazo a su camiseta gris y a sus shorts, unos viejos tejanos negros a los que les había hecho algunos arreglitos.

Los ojos de Aly recorrieron su cuerpo de arriba abajo y sonrió de tal manera que su mirada quedó enmarcada por unas arruguitas.

—Como si acabaras de escaparte de un concierto.

Novalie sonrió y estiró las piernas, moviendo en el aire sus botas negras.

—¿Y qué tiene de malo?

—Nada. Si he de ser sincera, me gusta tu nuevo aspecto.

—A mamá también le gustaba. Decía que me hacía parecer una chica dura, con carácter, y que eso mantendría a los idiotas alejados.

Aly soltó una carcajada. Novalie la miró de reojo y también se echó a reír.

—¿En serio te dijo eso?

Novalie sacudió la cabeza con un gesto afirmativo.

—Sí, aunque me hizo prometerle que no me haría ningún tatuaje o pirsin, ni me teñiría el pelo de azul.

Las carcajadas de Aly aumentaron.

—Lo odiaba, lo sé. Ella prefería el tutú, las zapatillas y mis vestidos —continuó Novalie—. Pero siempre me apoyaba en todo, hasta cuando me empeñé en tener como mascota aquel pato. Lo soportó viviendo en el baño durante meses —admitió con una enorme sonrisa en la cara.

—¡Lo recuerdo, vuestro apartamento olía como una granja! También recuerdo cómo refunfuñaba tu padre cada vez que encontraba al pobre animal en la bañera —indicó Aly sin apartar la vista de su sobrina.

Novalie hizo girar el vaso entre sus manos.

—He roto una de las promesas que le hice —confesó sin atreverse a mirarla.

Aly guardó silencio y esperó a que Novalie terminara de explicar aquello que había empezado.

Novalie se inclinó hacia delante y con una mano se apartó el pelo del cuello. En su nuca apareció un tatuaje de colores oscuros que descendía por su espalda hasta acabar oculto bajo la camiseta.

Con un dedo, Aly tiró de la prenda hacia abajo y dejó a la vista un precioso pajarito que alzaba el vuelo. Bajo él se podía leer una frase: «Sigue a tu corazón». Se quedó sin aliento. El dibujo era tan perfecto que casi parecía real. Pero no era eso lo que la había impresionado, sino el significado. Su cuñada repetía esa frase continuamente; era su lema desde muy pequeña. Soltó la camiseta y le acarició su larga melena rubia. Conforme crecía, más se parecía a Meredith. La esposa de su hermano había sido una mujer muy hermosa y ella era su vivo retrato.

—Es precioso. Estoy segura de que a ella le encantaría.

—Necesitaba sentirla conmigo y no se me ocurrió mejor modo. Fue lo último que me dijo.

Se agitó una ligera brisa y Novalie agradeció el fresco que le acariciaba el rostro.

—¿Cómo ves a papá? —quiso saber.

—Bueno, creo que hay que darle tiempo. Mejorará —aseguró Aly. Novalie se encogió de hombros y desvió la mirada al suelo.

—Habéis hablado durante un buen rato.

Aly se movió incómoda, con una expresión sombría que trató de ocultar forzando una sonrisa.

—Hay muchas cosas que hacer y preparar. Tu madre dejó algunas indicaciones y ya han pasado varios meses desde que... —Se quedó en silencio.

—Murió, puedes decirlo, esa es la palabra.

Alyson tragó saliva.

—Ella quería que sus cenizas se llevaran al faro y que, desde allí, tu padre y tú... —Sintió un nudo en la garganta.

Novalie se enderezó de golpe.

—Papá no me ha dicho nada. ¿Dejó indicaciones? ¿Qué indicaciones? —preguntó con el ceño fruncido.

Sacudió la cabeza, un poco molesta. No era ninguna cría para que la mantuvieran ajena a esas cuestiones. No se había comportado como una niña durante los cuatro años que había cuidado de ella. No tenían derecho a excluirla.

Aly sacó un papel doblado del bolsillo de su pantalón y se lo entregó.

—Me envió una copia. Sabía que tu padre pondría objeciones y

que no aceptaría sus deseos. Quiso asegurarse, a través de mí, de que se cumplirían.

Novalie leyó la carta y, mientras sus ojos recorrían los párrafos escritos por la mano temblorosa de su madre, su rostro se cubrió de lágrimas calientes y saladas. Su deseo era que sus cenizas reposaran en el océano que la había visto crecer, enamorarse y concebir a su única hija. Abrió los ojos y un ligero rubor coloreó sus mejillas; desconocía ese detalle. Continuó leyendo. El resto hacía referencia a sus pertenencias y a su deseo de que todos se mantuvieran juntos y unidos. Dejó la carta sobre sus rodillas y se limpió las lágrimas con las manos.

—Lo haré, ella quería esto. Lo haré...

Alyson suspiró.

—El problema es que tu padre no quiere, no está dispuesto a «des-hacerse» de ella. No le importa si esa era su última voluntad, no atiende a razones. Ni en eso ni en nada. ¡Es demasiado cabezota!

—Hablaré con él. No puede hacerle algo así a mamá.

—Mejor que no. Esperemos unos días. Aquí vivieron muchas cosas. Cada rincón estará lleno de recuerdos para él, puede que eso le ayude. Tal y como se encuentra ahora mismo, no creo que funcione que lo presionemos. Hazme caso, conozco a mi hermano.

Novalie no estaba muy de acuerdo con esa sugerencia. Ya habían pasado muchos meses. ¿Cuánto tiempo más debían esperar? ¿Qué pensaría su madre si pudiera ver aquel panorama? Pero, muy en el fondo, sabía que su tía tenía razón. Deslizó las manos por el papel arrugado y se percató de la última frase escrita. Levantó la vista.

—¿Por qué te pide perdón mamá?

—¿Qué? —preguntó a su vez Aly con una sonrisa algo tensa.

—Aquí. —Alzó el papel, para mostrarle el lugar—. Te pide que la perdones.

—No es nada. Una tontería.

Novalie no la creyó. Supo que su tía mentía porque no la miraba a los ojos y su vista vagaba sin rumbo fijo.

—Pues cuéntamela.

Aly se humedeció los labios y se puso de pie, frotando las palmas de las manos contra los pantalones.

—No tiene importancia, en serio.

—Si no tiene importancia, no entiendo por qué no me lo dices.

—Novalie se dio cuenta del tono hiriente de sus palabras, pero su tía le sonreía con ternura, sin que pareciera importarle. De hecho, su gesto era tan condescendiente que la que se sentía molesta era ella.

—Porque es tardísimo, estoy molida, y tengo que levantarme dentro de cinco horas para recoger unos paquetes que llegan en el primer ferry —respondió Aly—. Y tú también deberías ir a dormir. Si no es de vuelta a las ocho, tendrás que abrir la librería por mí.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Y qué pasa con Brittany? ¿No puede abrir ella?

Acababa de llegar a la isla. Trabajar en la librería al día siguiente no entraba dentro de sus planes. Dormir hasta tarde, disfrutar del sol y de la playa le parecía mucho más interesante.

—Britt tuvo un bebé hace poco y no regresará al trabajo hasta septiembre. Por lo que necesito a alguien de confianza que me eche una mano y que se conforme con la mitad del sueldo. Últimamente no vendemos mucho y tengo que reducir gastos.

—Explotándome a mí —refunfuñó Novalie.

—Solo será por las mañanas. ¡Vamos, no irás a dejar colgada a tu pobre tía! —comentó, pestañeando con ojitos apenados.

Novalie no pudo evitar sonreír.

—¡Colgada! ¿Desde cuándo hablas así?

—¡Eh! Aún sigo en la onda.

—Vale, ahora sí que eres tú. Ya nadie dice «sigo en la onda» —replicó con los ojos en blanco.

Aly rompió a reír. Se acercó a ella y le dio un abrazo.

—¡Buenas noches, cariño! Dejaré las llaves sobre la mesa de la cocina. Si no te apetece ir andando, dile a Tom que te lleve.

—No hace falta, ya tengo permiso de conducir.

—¿En serio? —preguntó Aly sorprendida. Novalie asintió con una gran sonrisa—. ¡Vaya, eso es genial! Entonces también podrás ayudarme con el reparto. Le diré a Tom que mañana ponga a punto la camioneta.

—¿Cobraré un plus por eso?

—*Estoooo...* —Aly frunció el ceño—. ¡No, solo mi más sincera gratitud! —apuntó con un suspiro, y abrió la mosquitera.

—Tía Aly.

Alyson se detuvo en la puerta y se giró para mirarla.

—Sé que pasó algo en vuestra última visita. Papá ni siquiera os acompañó al aeropuerto y después no volvisteis, ni cuando mamá murió. Sé que pasó algo y que tiene que ver con esta disculpa —dijo Novalie, y alargó el brazo para devolverle la carta.

Al ver su mirada, Alyson supo que Novalie no la había creído y que no se daría por vencida tan fácilmente. Al fin y al cabo, era una Feist. Terca y cabezota como lo era Graham, y como ella misma. Tomó la carta y dio media vuelta sin decir nada, apretando aquel papel entre sus dedos con un nudo en la garganta que amenazaba con ahogarla.

3

En cuanto despertó, Novalie pudo sentir el aire caliente y húmedo sobre el cuerpo. Empujó las sábanas con los pies hacia el suelo y permaneció tumbada de espaldas en la cama. Clavó la mirada en un tenue rayo de luz que cruzaba la habitación, incidiendo en la lámpara de cristales que colgaba del techo. Las paredes se llenaron de destellos multicolores que convirtieron el cuarto en un enorme caleidoscopio. Se estiró con una sonrisa, desperezándose y ronroneando como un gatito. Por primera vez en mucho tiempo, había dormido del tirón y a pierna suelta.

Se sentó en la cama y se recogió el pelo en la nuca con un moño. Afuera, los ladridos nerviosos de un perro se mezclaban con los graznidos de las gaviotas y el sonido agónico del motor de un coche. Se asomó a la ventana. El cielo, de un azul brillante, estaba completamente despejado, y en el horizonte se fundía con el mar sin que se pudiera adivinar dónde empezaba uno y terminaba el otro.

Un perro de color canela correteaba sobre las dunas de arena tras las gaviotas que picoteaban en la orilla. Saltaba de un lado a otro, giraba sobre sí mismo y volvía a trotar para espantarlas mientras evitaba las olas que rompían contra la arena. Un chico, vestido con unas bermudas cargo y una gorra, apareció corriendo por la playa y el perro dejó de prestar atención a su juego para seguirlo.

Novalie los observó hasta que desaparecieron a lo lejos. Sintió una punzada de envidia. Deseaba con todas sus fuerzas imitarlos, bajar hasta la playa y pasarse el día tomando el sol y yendo de un lado para otro. Pero no podía. Su segundo día en Bluehaven y debía trabajar.

El sonido de una pequeña explosión le hizo volver a la realidad. Sacó medio cuerpo por la ventana y se encontró con una nube de humo que olía a gasolina y a goma quemada. En medio de la humareda pudo distinguir a Tom, inclinado sobre el motor de la vieja camioneta.

—¿Va todo bien? —preguntó.

Su tío se enderezó y la miró a través de sus ojos llorosos.

—Sí, todo va bien. Enseguida estará preparada.

—¿Estás seguro? Porque parece que ese trasto está en las últimas.

—¡Eh, no llames trasto a la pequeña Betsy, podrías herir sus sentimientos! —se quejó su tío, palmeando la carrocería de la camioneta—. No le hagas caso, cariño. Yo sé que a ti te queda cuerda para rato —le dijo en tono mimoso al vehículo.

Novalie puso los ojos en blanco.

—Creo que Betsy debería quedarse en casa. Yo iré andando a la librería —replicó. Aquel cacharro parecía a punto de desintegrarse al más mínimo traqueteo.

—Hay cuatro kilómetros hasta el centro... y con este bochorno... —comentó Tom como si nada. Le guiñó un ojo.

Novalie soltó un suspiro de resignación y volvió adentro.

Quince minutos después ya se había duchado, vestido con un pantalón corto y una camiseta de tirantes, y apuraba el café de su desayuno. Oyó pasos en la planta de arriba y una puerta que se cerraba, después el agua de la cisterna del baño. La puerta volvió a abrirse y los pasos se encaminaron a la escalera. Su padre entró en la cocina en pijama. Sus miradas se cruzaron y ella le sonrió.

—¿Café? —le preguntó Novalie y, sin esperar a que contestara, sirvió otra taza. Se la puso en las manos, mientras la mirada perdida de él vagaba por la estancia hasta encontrarse con sus ojos. Casi dibujó una sonrisa y ella sintió una especie de alivio, con la sensación de haber ganado un premio. Suspiró—. Voy a echarle una mano a tía Aly en la librería. No regresaré hasta la hora del almuerzo, pero si necesitas algo solo tienes que llamarme y vendré...

—Estaré bien y... ocupado —susurró.

Tenía peor aspecto que nunca. Las sombras bajo sus ojos se habían acentuado y la falta de peso hacía que sus huesos se distinguieran con toda claridad a través de la piel. Parecía un cadáver andante.

—¿Ocupado? Eso es genial, ¿qué vas a hacer? —preguntó ella con el corazón encogido.

—Hace tiempo que firmé un contrato con una revista médica. Les debo un artículo sobre... —Cerró los ojos y sacudió la cabeza—. No importa. Lo terminaré y, con suerte, me dejarán en paz de una

vez —masculló. Dejó la taza sobre la mesa y abandonó la cocina sin haber tocado el café.

—¡Estupendo! —soltó para sí misma con tono mordaz.

Novalie se quedó inmóvil mientras intentaba recordar la última vez que habían hablado con normalidad, o reído por algo gracioso, o se habían fundido en un abrazo sin un motivo especial. Solo porque les apetecía, porque el amor entre ellos era tan tangible como aquel trozo de cerámica que ahora apretaba entre los dedos.

Dejó la taza en el fregadero y salió a la calle al tiempo que su tío aparcaba a Betsy. Se quedó mirando la camioneta, con las manos hundadas en los bolsillos traseros de sus shorts, mientras él frotaba los faros delanteros con un trapo. Lo cierto era que la vieja GMC de color azul no estaba tan mal. Tenía su encanto, ese encanto que solo los clásicos poseen; y Betsy era todo un clásico.

Tom se colocó junto a Novalie en la escalera, imitando su postura, y contempló a «su pequeña» con una sonrisa boba en los labios.

—¡Bonita, eh! Todo en ella sigue siendo original, hasta la última pieza. Chasis y carrocería en buen estado... —Suspiró—. ¡Una maravilla!

Novalie lo miró de reojo.

—¿Has terminado de ligar con tu coche? Que tenga nombre de chica ya es sospechoso, pero estas declaraciones de amor... No sé, ¿qué piensa Aly de esto?

Tom ladeó la cabeza, muy serio, y se la quedó mirando sin decir nada. Sin previo aviso saltó sobre ella, pero Novalie fue más rápida y echó a correr, rodeando el coche muerta de risa.

—¡Ven aquí, pequeña mocosa! Como te coja, te meteré de cabeza en esa tina de agua sucia —la amenazó escondiendo una carcajada.

—¡No! —gritó Novalie sin dejar de correr por el porche. Pero su tío fue más rápido y consiguió asirla por la cintura. Se la echó sobre el hombro y se encaminó hacia el taller que tenía junto a la casa, donde había un gran barril de agua—. Lo siento, en serio. Jamás volveré a decir algo parecido. ¡Lo juro! —chilló con una risa nerviosa.

—Tarde, al agua.

—¡No, por favor! Haré lo que sea —suplicó Novalie. Conocía muy bien a su tío y sabía que era capaz de zambullirla—. Fregaré los platos de la cena.

—No.

—Lo haré toda la semana, y... y lavaré a Betsy.

Tom se detuvo sin soltarla.

—¿Toda la semana?

—Sí.

—Un mes.

—Sí, sí. Todo un mes, lo prometo —aseguró Novalie, que estaba ansiosa por pisar el suelo.

—Está bien. Todo un mes —aceptó Tom con voz cantarina.

Dio media vuelta. La dejó junto a la camioneta y le abrió la puerta con una ridícula reverencia. Novalie se deslizó en el asiento y aferró el volante mientras Tom empujaba la puerta con suavidad.

—Para cambiar de marcha tienes que pisar un poco el embrague, soltarlo y entonces pisar a fondo, ¿vale?

—Vale —respondió ella tomando aire.

Acomodó el cuerpo en el asiento y giró la llave en el contacto. La camioneta vibró con un ronroneo ahogado y pisó un poco el acelerador para que no se calara.

—Muy bien. Cuida de mi pequeña, ¿de acuerdo? —dijo Tom, golpeando ligeramente el techo.

Novalie sacudió la cabeza.

—¡Tranquilo, te la devolveré de una pieza! —replicó con cierto hastío.

—No te lo decía a ti, sino a la camioneta.

Novalie sintió cómo el pecho se le inflaba con una cálida sensación. Adoraba a aquel hombre desde que era pequeña. Incluso desde antes de que se convirtiera en el marido de Alyson, cuando apenas comenzaban a salir. Era el hombre más bueno y cariñoso que jamás había conocido. Era inteligente, divertido, y siempre estaba contento, bromeando a todas horas.

Un movimiento en una de las ventanas llamó la atención de Novalie. Levantó la vista y vio a su padre a través del cristal, y pensó que él también había sido así antes. Antes de que todo cambiara para siempre. Él se apartó de la ventana y Novalie volvió a mirar a su tío. Se inclinó y lo besó en la mejilla.

—Gracias.

Al salir de allí, un par de lágrimas rodaron por sus mejillas. Las

secó con la mano, con el firme propósito de no volver a derramar ni una más por aquel tema. Encendió la radio y subió el volumen. La música la envolvió y comenzó a tamborilear sobre el volante, marcando el ritmo.

La brisa salada, proveniente del mar, le agitó el pelo y le azotó el rostro. Cerró los ojos un instante y llenó sus pulmones de aire; cuando los abrió, una enorme sonrisa se dibujó en su cara. Era un día precioso de principios de verano, en un lugar de ensueño: mar, sol y mucho tiempo libre. Y no lo iba a estropear con lamentaciones.

Abandonó la agosta carretera, cubierta de arena de las dunas, y se dirigió al centro del pueblo. Nada había cambiado durante aquellos cuatro años, todo estaba exactamente igual que lo recordaba: aceras limpias, coches bien aparcados, casas de tejados grises con sus contraventanas blancas... y turistas. El ferry debía de haber atracado hacía muy poco, porque una marea humana ascendía desde el muelle en dirección a la calle principal, donde se encontraban la mayor parte de restaurantes y tiendas de suvenires.

Milagrosamente encontró un lugar frente a la librería donde aparcar. Bajó del coche con un nudo en el estómago y se quedó mirando el viejo edificio. Aún conservaba el antiguo cartel, con las letras descoloridas por culpa del salitre que lo corroía todo. La Ventana Mágica era, con diferencia, el negocio más pintoresco que albergaba la isla.

Los recuerdos afloraron con una mezcla agrídulce. Recordaba con total nitidez los momentos que había pasado allí cuando era niña. Leyendo cuentos tumbada en el suelo frente a un viejo ventilador, mientras su madre y su tía tomaban té helado, organizaban jornadas de lectura y fabricaban sus propios marcapáginas con conchas que recogían de la playa y fieltro.

Aún faltaban unos minutos para abrir, así que dio media vuelta y se dirigió al Baker Bar&Grill, esperando que el local que había en esa esquina aún continuara allí. Una sonrisa se dibujó en su cara cuando cruzó la puerta y el aroma a café alcanzó su nariz. Todo estaba igual: la misma decoración y la misma camarera. No era un Starbucks, pero si tenía café, a ella le bastaba. No recordaba en qué momento se había vuelto adicta a la cafeína. Podía vivir sin azúcar, sin su teléfono móvil, sin los bollos de canela que tanto le gustaban, pero no podía vivir sin café.

Pidió un capuchino para llevar, y sin prisa regresó saboreando la bebida.

—¿Novalie? Novalie, ¿eres tú?

Novalie se giró de golpe y se encontró con una chica morena, con el pelo recogido en una larga trenza que colgaba sobre su hombro. Frunció el ceño mientras trataba de ubicarla. De repente, su boca dibujó una «o» de sorpresa. Sin las gafas y sin la ortodoncia, le había costado reconocerla.

—¿Lucy? —preguntó.

La chica soltó un gritito y se lanzó a su cuello con un abrazo.

—Te he visto saliendo del café y no podía creer que fueses tú. He tenido que pellizcarme —dijo Lucy emocionada. Dio un paso atrás y miró a Novalie de arriba abajo—. ¡Vaya cambio, estás... estás genial! ¡Qué digo genial, estás cañón, nena!

—Tú también. Me ha costado reconocerte.

—Sí, estoy mucho más delgada. Se nota, ¿verdad? —Lucy suspiró, con un rápido aleteo de pestañas, y añadió con dulzura—: ¿Cuándo has vuelto?

—Ayer. Llegué ayer.

—¿Y piensas quedarte mucho tiempo? —preguntó la chica con cierto anhelo.

Novalie se encogió de hombros.

—Me temo que sí. He venido para quedarme.

—¿Para quedarte? ¿Te mudas? ¿En serio? ¿Eso quiere decir que volveremos a ser las mejores amigas del mundo otra vez?

Novalie soltó una risita ante la batería de preguntas. Había olvidado lo entusiasta que podía llegar a ser Lucy.

—Sí —respondió, y su sonrisa se ensanchó al ver la cara de asombro de su amiga.

—¡Eso es fantástico! Es genial tenerte de vuelta. —Enmudeció un instante mientras la miraba a los ojos, como si le costara creer que estuviera allí—. Oí lo de tu madre. Lo sentí tanto... era una mujer maravillosa. ¿Cómo lo llevas?

Novalie sonrió y miró su reloj.

—Mejor. Ya han pasado algunos meses y debo seguir adelante.

—¡Por supuesto! Me alegro mucho de que pienses así. No puedo imaginar por lo que debes de haber pasado, pero la vida sigue, ¿no?

La universidad, chicos guapos y un poco de libertad... —Sonrió encantada con la idea—. Oye, ¿a qué universidad vas a ir? A mí me han aceptado en Dartmouth, y aunque sé que debería estar muy contenta por la oportunidad, no es lo que quiero yo, sino mi padre. Yo me muerdo por ir a Nueva York.

Novalie apartó la mirada, un poco avergonzada. Inspiró hondo.

—No... no voy a ir a ninguna universidad. No logré acabar el último curso. Mi madre empeoró mucho en otoño... Yo traté de concentrarme en los estudios, pero me distraía con facilidad... Abandoné. Necesitaba estar con ella.

Lucy esbozó una sonrisa comprensiva y le acarició el brazo.

—No tienes que justificarte, Novalie. Lo entiendo. No pasa nada.

—Pero me he matriculado aquí, en el instituto. Voy a graduarme como sea. Tengo créditos acumulados...

—¡Eso es genial! —exclamó Lucy—. Estoy segura de que lo conseguirás. Siempre he envidiado tu cerebritito de sabelotodo. En serio, siempre has sido una empollona.

Novalie se echó a reír, mucho más animada. No haberse graduado era como un estigma para ella, pero las cosas habían sucedido de ese modo y lo había abandonado todo por la única persona que de verdad lo merecía. Y aunque no se arrepentía, tenía la sensación de haber fracasado. Suspiró.

—¡Se me hace tarde! Tengo que marcharme, pero... te llamaré y quedaremos.

—¿Adónde vas? —se interesó Lucy.

—A la librería. Mi tía me ha pedido que me encargue de abrirla.

Lucy enlazó su brazo con el de Novalie y sonrió como si acabara de recibir un regalo.

—Te acompaño. Tú y yo tenemos que ponernos al día.

Novalie pasó las siguientes dos horas escuchando cada detalle de todo lo acontecido en Bluehaven en los últimos cuatro años. Era increíble que en un pueblo tan pequeño como aquel pudieran pasar tantas cosas. Incluso habían tenido un supuesto avistamiento de ovnis, que trajo consigo una avalancha de cazadores de alienígenas digna del Área 51 de Nevada.

Cuando Lucy por fin se marchó, y tras casi medio litro más de café, Novalie se dejó caer en el viejo sillón de Aly. Inspiró la fragancia

que impregnaba el aire: limón y libros. Adoraba el olor de los libros. Recorrió con la vista la atiborrada librería. El escaparate y los estantes estaban llenos de novelas, de artículos de papelería y de juguetes hechos a mano. La sección infantil tenía nuevo mobiliario: una mesita con forma de nube y unas sillas diminutas que parecían animales, todo colocado sobre una enorme alfombra decorada con un arcoíris. Sonrió al recordar los ratos que había pasado en ese suelo, escuchando embobada una y otra vez los mismos cuentos.

La cafeína que le recorría el cuerpo le hacía imposible permanecer quieta. Abrió un par de cajas apiladas junto a la puerta y curioseó su contenido: novelas juveniles de ficción. Sus ojos se abrieron como platos al ver los últimos libros de Rick Riordan y Veronica Roth. Sonrió. Después de todo, trabajar allí no iba a ser tan malo.

Le echó un vistazo a las estanterías para ver de qué forma estaban colocados los libros, si por editorial, autor..., y empezó a ordenarlos. Luego buscó en la trastienda una escalera para limpiar los estantes superiores, donde se acumulaban infinidad de libros ilustrados y despleables. Armada con un plumero y un paño, comenzó a organizarlos.

La campanilla de la puerta sonó de un modo estridente.

—¡Hola! —saludó una voz de hombre.

—Un momento, enseguida voy —gritó Novalie, haciendo malabarrismos para que no se le cayera de las manos un atlas gigantesco.

—Tranquila, no tengo prisa.

Novalie miró de reojo por encima de su hombro y vio a un chico echándole un vistazo al expositor de postales. Vestía unas bermudas cargo marrones, una camiseta negra ajustada y una gorra de los Red Sox que le ocultaba el rostro. Era alto, con la constitución de un atleta y el aspecto de un surfero. Descendió la escalera y se dirigió a él, limpiándose el polvo de las manos contra el pantalón.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó.

El chico se dio la vuelta con una sonrisa en la cara y Novalie se la devolvió con una extraña sensación de *dèjà vu*. Lo reconoció. Incluso con la gorra que le ocultaba el pelo, sin las gafas de sol y con aquella ropa, supo sin lugar a dudas que se trataba de él. Parpadeó y sacudió la cabeza, sin apartar la vista de sus ojos azules.

—Tú eres...

—El idiota —terminó de decir él, tan sorprendido como ella—. Y tú eres... Novalie.

Ella asintió, ruborizándose al recordar el encuentro en el ferry.

—Buena memoria —comentó mientras daba media vuelta y rodeaba el mostrador—. Y bien, ¿qué puedo hacer por ti?

Él carraspeó y apoyó las manos sobre la madera.

—Hace una semana encargué unos libros. Ayer recibí un mensaje que me notificaba que podía venir a recogerlos.

Novalie levantó las cejas mientras miraba a su alrededor. Sonrió con aire de disculpa y miró al chico.

—Pues no tengo ni idea. ¿Podrías venir esta tarde? Entonces estará Aly y seguro que ella...

—Lo siento, pero esta tarde no puedo. ¿Tú no trabajas aquí? —preguntó con cautela.

—No... Sí... —Dudó y dejó escapar un suspiro abochornado—. La verdad es que es mi primer día.

—Entiendo —dijo él. Se quedó pensando un momento, algo desilusionado.

La cara de Novalie se iluminó con una idea. Recordó haber visto unos libros en la trastienda, con unas notas adhesivas pegadas en la tapa.

—¡Espera un momento! Creo que sé dónde pueden estar.

Desapareció tras la cortinilla y se dirigió a la mesa donde antes había visto unos libros organizados en paquetes. Sí, allí estaban. Todos tenían una nota con un nombre, números de referencia y un teléfono.

—Perdona, pero ¿a nombre de quién está el pedido? —gritó Novalie.

—Nickolas Grieco —respondió el chico.

—Nickolas Grieco, Nickolas Grieco... —susurró mientras iba comprobando las notas—. ¡Lo encontré!

Volvió afuera y dejó los libros sobre el mostrador.

—Aquí los tienes. —Levantó la vista hacia él—. Así que... te llamas Nickolas.

Él asintió y giró los ejemplares para poder verlos.

—Prefiero Nick, Nickolas suena demasiado serio. Pero tú puedes seguir llamándome idiota. No hay problema —apuntó con un ligero tono de burla. Alzó los ojos, y se iluminaron al sonreír.

Novalie enrojeció y fijó toda su atención en los libros del pedido. Frunció el ceño al ver los títulos: *J. S. Bach, la estructura del dolor*; *Casals y el arte de la interpretación*; y por último, *La vida de Mabler*.

—¿Son para ti? —preguntó con curiosidad. Nick asintió con la cabeza y en su gesto atisbó cierto orgullo—. ¿Estudias Historia de la Música o algo así?

—Sí, algo así —contestó sin más.

—Pues debe de gustarte mucho —comentó ella. Solo con leer los títulos, ya estaba segura de que eran un verdadero tostón—. Pero el curso ya terminó, ¿no?

Nick se encogió de hombros y sus ojos la contemplaron un momento antes de responder.

—Estos libros son para entretenerme durante las vacaciones, nada más.

Novalie lo miró sorprendida.

«¿Ha dicho para entretenerse?», pensó. Forzó una enorme sonrisa. Abrió la boca para decir algo, cualquier cosa, ya que él la miraba con cierta expectación, pero no se le ocurría nada que sonara natural. Le seguían pareciendo un rollo.

—¡Vaya, seguro que lo vas a pasar genial! —exclamó con énfasis.

Volvió a apilarlos para colocarlos en una bolsa. Mientras lo hacía, observó con disimulo a Nick. Era guapo, con unos ojos azules con largas pestañas y una boca que se curvaba ligeramente hacia arriba, dibujando una sonrisa de la que era imposible apartar la mirada. Brazos tonificados, pecho de atleta y un estómago plano que se intuía bajo la camiseta. Su aspecto era natural, casi descuidado, y le gustaba mucho más que el traje caro con el que le había visto en el ferry.

Nick entornó los ojos. Había percibido cierta ironía en las palabras de Novalie.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó de golpe.

—¿Qué? —inquirió Novalie a su vez, algo confundida y perpleja—. ¡No! ¿Por qué iba a hacer eso?

—Acabas de juzgarme solo por los libros que leo —aseguró él.

—¡No! Cada uno lee lo que le da la gana, ¿por qué iba a importarme? —replicó, tratando de disimular que se estaba ruborizando.

Y es que Nick tenía razón: se había formado un juicio sobre él y había podido leerlo en su cara.

—Aun así lo has hecho. ¿Qué has pensado de mí?

—¡Nada, en serio! —Novalie soltó una risita incómoda—. Oye, eres un poco rarito, ¿no?

—Es posible, pero lo estás haciendo de nuevo, me estás juzgando sin conocerme. ¡Venga, sé valiente! Dime qué has pensado al ver los libros.

Novalie levantó la vista de la caja registradora, donde estaba sumando el precio total de la compra, y se encontró con la sonrisa retadora de Nick.

—No pienso seguirte el juego.

—No pareces de las que se rajan.

Acababa de tocar su punto flaco. Muy bien, él la había provocado.

—De acuerdo, pero que conste que tú has insistido. Y tienes que prometerme que no vas a ofenderte. Mi tía me mataría —susurró para sí misma.

Nick apretó los labios para no reír y alzó una mano a modo de promesa. La contempló sin cortarse un pelo. Se había ruborizado y el color de sus mejillas le daba un aspecto inocente, demasiado mono como para pasarlo por alto. Enarcó una ceja, esperando la respuesta.

—Aburrido —dijo Novalie sin dudar—. He pensado que eres aburrido, porque solo alguien aburrido, después de pasarse todo el año estudiando lo que sea que estudies sobre música, se distrae durante las vacaciones con una biografía de Mahler. Y siento si he herido tus sentimientos, pero es lo que pienso. A-bu-rrri-do.

Nick rompió a reír con fuerza. Era la primera vez que alguien criticaba su dedicación a la música. Normalmente, todos los que le rodeaban le asfixiaban recordándole lo importarte que eran sus estudios y su preparación, y que debía consagrar cada minuto de su vida a esa preparación.

—No has herido mis sentimientos, tranquila. Así que crees que soy aburrido. —Ella asintió completamente ruborizada, pero le sostuvo la mirada. Nick volvió a reír—. ¿Sabes qué? Tienes razón, soy muy aburrido. —Novalie abrió los ojos como platos ante la confesión y él pensó que estaba adorable—. ¿Y qué crees que debería leer para dejar de ser tan plasta?

Novalie lo miró sorprendida. Aquella conversación estaba siendo de lo más extraña.

—¿Me lo estás preguntando en serio?

—Sí. Venga, recomiéndame algo. El verano es largo.

Novalie frunció el ceño. No estaba muy segura de querer hacerlo. Ahora quizá sería él quien se formaría un juicio sobre ella y sin conocerla. Pensaría que era una friki, porque en cuanto a sus gustos literarios sí que lo era: una auténtica friki. Pero ya era tarde. Ella solita se había metido en aquel lío. Primera lección del día: no juzgar a las personas a la ligera si no quieres que te paguen con la misma moneda.

—¡Está bien! —aceptó con un largo suspiro—. Yo empezaría por Philip Pullman o Peter Dickinson, y también por alguien más reciente como John Green. El tipo escribe bien. James Dashner también mola.

Nick asintió y le dio la vuelta a su gorra, de modo que la visera quedó sobre su nuca. La miró con nuevos ojos. Había algo en aquella chica que despertaba su curiosidad, algo genuino y real que había visto en muy pocas personas a lo largo de su vida. Le gustaba la forma que tenía de decir lo que pensaba sin importarle la reacción que pudiera provocar. También empezaba a gustarle la manera en la que los mechones sueltos de su coleta le enmarcaban la cara y esos dos hoyuelos que aparecían a ambos lados de su boca cada vez que sonreía.

—De acuerdo. ¿Y si quisiera ser mucho más divertido? ¡El alma de la fiesta! —comentó con un guiño y una sonrisa torcida.

Su gesto hizo que Novalie también empezara a reír. La energía que ella desprendía era contagiosa. Se mordió el labio y Nick la imitó sin darse cuenta.

—Pues habría que pasar a los pesos pesados, pero no sé yo si estás preparado para algo así —dijo ella medio en broma, mucho más relajada. En realidad no era tan aburrido. Él hizo un puchero, demostrando que no estaba muy de acuerdo con esa observación—. Te recomendaría cualquier libro de Neil Gaiman o Pratchett. Son unos genios.

—¡Unos genios, eh! —Nick inclinó la cabeza y la miró con una curiosidad cada vez mayor—. Gracias, tendré muy en cuenta tus sugerencias. —Sonrió y señaló la bolsa en la que Novalie acababa de guardar un tique de compra—. Por cierto, falta un libro.

—¿De verdad? —preguntó ella, mirando de nuevo la nota. Se percató de un apunte entrecomillado—. Tienes razón, pero aquí dice que no llegará hasta la próxima semana. Lo siento.

—No pasa nada. Con estos tendré suficiente hasta entonces —replicó él. Tomó la bolsa de las manos de Novalie. Sacó unos billetes doblados del bolsillo de su pantalón y los dejó sobre el mostrador—. Quédate con el cambio, por las molestias. —La miró un instante y dio media vuelta mientras se recolocaba la gorra—. Adiós.

—Adiós —repitió ella, y una sonrisa fugaz cruzó su rostro. No sabía por qué, pero tenía la sensación de que le había estado tomando el pelo todo el tiempo, y tampoco sabía por qué eso no la molestaba.

—Por cierto. —Nick se dio la vuelta—. Me da reparo decírtelo, pero tienes algo aquí. —Se señaló la cara, bajo el ojo—. Una mancha. Se te ha corrido el lápiz de ojos.

Novalie se llevó la mano a la cara y se frotó la piel con las yemas de los dedos, incómoda por haberse paseado por ahí con la cara sucia. Ella y su estúpida manía de ponerse a llorar cuando iba maquillada.

—Aún lo tienes. Cerca del pómulo —explicó él.

Novalie volvió a frotar su cara.

Nick sacudió la cabeza y se acercó a ella.

—No. La tienes aquí —dijo sonriente, mientras alargaba la mano y deslizaba el pulgar por debajo de sus pestañas.

Repitió la acción un par de veces con delicadeza. Ella se puso colorada bajo su tacto y empezó a arderle la piel. Los ojos de Nick, azules e intensos, la observaban risueños al tiempo que ladeaba la cabeza para evaluar su trabajo. Novalie se quedó inmóvil, turbada por la intimidad del gesto. ¡Vaya, de cerca era mucho más guapo!

—Ya está —anunció él dando un paso atrás.

—Gracias —susurró Novalie.

—De nada. Bueno, ahora sí que me marcho.

Alzó la mano a modo de despedida.

Novalie se quedó mirando cómo cruzaba la tienda con pasos largos y seguros. La puerta se cerró tras Nickolas, pero no antes de que una fuerte corriente de aire penetrara en la habitación. De repente, una pirámide de libros que decoraba el mostrador se tambaleó peligrosamente. Novalie saltó mientras alargaba las manos para sujetar la base, pero no llegó a tiempo y la montaña se desplomó contra el suelo. Un grueso tomo le cayó sobre el pie.

—Mierda... mierda... mierda —masculló saltando sobre una sola pierna—. ¡Joooder!

Resopló con otra maldición y clavó los ojos en la espalda de Nick a través del cristal. Nickolas Grieco era un peligro para su seguridad física.